

## **La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria.**

***María Matilde Ollier.***

**Ariel: Buenos Aires, 1998, 301 pág.**

***María Cristina Tortti***

**E**n un contexto de creciente interés por los años 60' y 70', el reciente libro de María Matilde Ollier promete desde su título adentrarse en aspectos, hasta ahora muy poco explorados, de la Izquierda Revolucionaria (IR). «La creencia y la pasión», se propone entender el fenómeno de la radicalización política argentina «reconstruyendo el proceso de aprendizaje ideológico-político que dio lugar a la identidad revolucionaria». De modo que los interrogantes referidos al «cómo» y al «por qué» de la IR bucean en los relatos de veintitres «sobrevivientes» con el fin de mostrar el itinerario de aprendizajes, experiencias y valores sobre cuyas huellas una o dos generaciones de argentinos construyeron aquella identidad colectiva. Puede decirse, entonces, que la autora se pregunta por la sociedad preguntándose por los sujetos, en su tránsito por los ámbitos «privado», «público» y «político».

Un proyecto de este tipo resulta atractivo ya que invita a internarse en procesos habitualmente esquivos para el cientista social: aquellos en los que se produce la intersección de la libertad de los sujetos con los condicionamientos sociales. Claro



que, la empresa no carece de dificultades, sobre todo si desde ese nivel se intenta proyectar explicaciones sobre fenómenos de carácter socio-político. Recoger material suficiente y adecuado, elaborar criterios analíticos o un sistema de hipótesis que articule proposiciones referidas a ámbitos y etapas diferentes, evitar «saltos» entre los niveles macro y micro de la explicación, son recaudos - o desafíos- tan importantes como la preocupación de la autora por no caer en reduccionismos psicológicos o sociológicos. Pero, así como no toda proposición que vincule diferentes niveles ha de ser reduccionista, el peligro no se evita eludiendo decir explícitamente lo que el texto sugiere, a veces de manera insistente.

Las preguntas y el esquema interpretativo de la autora sobre el origen y desarrollo de la «identidad revolucionaria» conducen a una fórmula explicativa que combina los condicionantes más generales (el proceso de socialización) con el elemento más singular y aleatorio, sintetizado en la noción de «vocación de intervención en la esfera pública». Esta vocación se constituye así en el rasgo diferencial que explica el pasaje de la «radicalización ideológica» a la «radicalización política», es decir a la decisión de ingresar a una organización de la IR. Así, a la manera de una verdadera «carrera», la radicalización atravesaría «ámbitos» («privado», «público» y «político») y «etapas» («temprana» y «revolucionaria»), y reconocería tanto «continuidades» como «rupturas» con la tradición política argentina.

La autora considera que el «aprendizaje radical» fue «la base cultural» de la decisión de ingresar a un grupo de la IR. Y que la clave para entender ese proceso cultural -colectivo- se encontraría en la manera peculiar que habría adoptado en la Argentina la relación entre lo privado, lo público y lo político, a lo largo de la historia nacional. En particular entre los años 40' y 70', la política no solamente habría «influido» sobre la vida social sino que «la habría constituido», generando un modelo de profunda subordinación de lo social (privado y público) a lo político.

A lo largo del libro, particularmente en los primeros capítulos, Ollier muestra reiteradamente el peso de lo «aprendido» y de las experiencias vividas en el ámbito «privado», donde tempranamente los futuros militantes habrían sido impregnados por fuertes imágenes de la política como «guerra», facilitando así la posterior identificación entre política y violencia. A la vez, y por alguna razón que no se explicita, cabe suponer que habría alguna relación entre los mundos «privados» de los entrevistados y su posterior identidad radical, ya que reiteradamente el desarraigo y la desarticulación -vinculados al fenómeno migratorio- son señalados como rasgos de sus núcleos familiares.

Sin embargo, y pese a esa realidad algo dura, el proceso de socialización de los jóvenes de los cuales se habla, habría dejado como saldo una fuerte impregnación en valores tales como Justicia, Libertad y Verdad. De modo que, al tomar contacto con la política revolucionaria pudieron «resignificar» esos valores y tornar «creíbles» las ideas de la IR. Esta afirmación es, en parte, fácilmente suscribible dado que la tríada de valores mencionada- por ser propia de la cultura occidental-, es constitutiva tanto del armazón psíquico y cultural del conjunto de la población como del aparato teórico-ideológico de las diversas doctrinas con las que entraron en contacto los futuros miembros de la IR, tanto en su etapa temprana como avanzada. Pero resulta difícil aceptarla como explicación si lo que se quiere es dar cuenta de procesos y relaciones específicas que alumbren acerca del cómo y por qué -en este país y en aquellos años- una parte importante de su población (mayoritariamente joven) se incorporó a un proyecto que cambió tan sustancialmente sus vidas. Por qué muchos -pero no todos- dieron ese paso? Se diferencian en algo sus aprendizajes y experiencias «tempranas», en relación con otras franjas de la población? Alcanza con acudir a la «vocación de intervención en la esfera pública» de algunos individuos para explicar un fenómeno de carácter colectivo? No será este hecho el que necesita ser explicado?

Una de las claves del texto radica en destacar los elementos de

continuidad entre los «aprendizajes tempranos» y la «identidad radical», dejando la impresión de un tránsito casi natural desde una originaria estructura afectivo-valorativa hacia un mundo donde las ideas mutan en creencias, la vocación en pasión y la política en guerra. En este punto el trabajo de Ollier invita a la profundización y al debate ya que hasta ahora, y por lo general, la bibliografía ha tendido a enfatizar el peso de lo conflictual y lo disruptivo en los sectores que se radicalizaron. Tal el caso de las explicaciones que aluden al proceso de «autoculpabilización» que se habría difundido entre algunas franjas intelectuales durante los 60', o las que evocan la actitud de «desprecio» moral desde la cual los jóvenes del 70' juzgaban a la sociedad y a la política de su época<sup>1)</sup>. Imágenes de este tipo remiten al malestar de una o dos generaciones y lo ligan con el poderoso impulso que llevó a muchos a romper con lo ya conocido, e ingresar en la IR.

En tal sentido llama la atención que en los relatos recogidos por Ollier sean tan escasas las referencias a participación en proyectos, grupos y movimientos innovadores que brotaban por doquier en los más diversos ámbitos de la sociedad argentina de aquellos años. Cabe suponer que los futuros militantes hicieron allí su aprendizaje propiamente político, no sólo al vincularse con ideas sino también al involucrarse en experiencias contestatarias, de cuya proliferación da cuenta la reciente literatura testimonial. Sorprende que la autora no avance más allá de señalar que la escuela, la iglesia, la biblioteca popular, el grupo de amigos o la pareja fueron ocasión para el contacto con la militancia política radical.

En cambio sí son ampliamente registrados los conflictos cuando el trabajo analiza la etapa de la militancia revolucionaria y describe las tensiones suscitadas en la relación militante/organización. La militancia integral, la rigidez ideológica, la intervención de la organización en las cuestiones privadas de sus militantes, la exigencia -y autoexigencia- de

---

1. O. Terán, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; J.C. Torre, «A propósito del Cordobazo», *Revista Estudios* Nº 4, Córdoba, 1994.

desarrollar conductas heroicas, las contradicciones morales y el miedo generados por el ejercicio de la violencia son señalados como manifestaciones de un conflicto irresoluble dentro de estas organizaciones. Los grupos de la IR habrían exacerbado, en su organización interna y en su práctica política, el distorsionado vínculo entre «privado», «público» y «político» que caracterizó a la sociedad argentina.

Ya en la última parte del libro, la autora postula un vínculo directo entre aquellos conflictos vividos por los «sobrevivientes» y el proceso de disolución de la «identidad radical», que se habría acelerado durante la etapa de la plena militarización. Los desacuerdos, las dudas, los temores y los sufrimientos que relatan los entrevistados son interpretados como evidencia de que la «lógica oficial» de los grupos revolucionarios no había logrado «absorber totalmente» a la «otra lógica», que era previa al ingreso a la IR y que contenía elementos «pro democráticos y pro liberales». Ollier sostiene que, desde esa reserva de valores, los «sobrevivientes» ofrecieron resistencia a la lógica militarista, y generaron una disidencia que contribuyó a la derrota ideológica -y también militar- de la IR. Además, considera que esa derrota fue la condición que hizo posible la posterior legitimación de «la lucha democrática». De esta manera, las conclusiones de la autora remiten a la tesis que está en el origen de su investigación. Esa tesis afirma que el tipo de vínculo entre «privado», «público» y «político» que caracterizó a la Argentina a lo largo de casi 100 años, recién comenzó a cambiar «luego del golpe del 76», y que este dato resulta esencial para comprender el posterior proceso «de construcción de la democracia argentina», en la década del 80.

Sin duda el mérito principal de «La creencia...» radica en indagar en los poco explorados procesos de construcción, desarrollo y disolución de la «identidad radical», su vinculación con los aprendizajes «tempranos» y con la cultura política argentina. Otro de sus aciertos se encuentra en la identificación de algunas de las contradicciones vividas

por los militantes en torno a la práctica personal de la violencia, o la relación entre vida privada y militancia política.

Sin embargo, resulta difícil pronunciarse sobre las conclusiones que el texto presenta -suscribirlas o polemizar con ellas- ya que la estrategia metodológica escogida genera algunas dudas. En cuanto a la utilización de las «historias de vida», no hay duda de que esta metodología ofrece posibilidades muy ricas para sugerir hipótesis y líneas explicativas, particularmente en el nivel de análisis elegido por la autora. Pero, el libro no presenta historias de vida sino que utiliza los testimonios para construir un «actor común», a partir de cuyos rasgos se avanza en la explicación sin que queden claramente resueltos los múltiples problemas metodológicos que tal estrategia conlleva. En consecuencia, el trabajo presenta dificultades que remiten a la relación entre el tipo de material empírico, el tratamiento conceptual que recibe y el alcance de las conclusiones elaboradas. Por ejemplo, no resulta claro si Ollier trató de construir un «tipo ideal» o «tipo medio», o si es adecuado que extienda las conclusiones surgidas de una «muestra de sobrevivientes» al conjunto de la Izquierda Revolucionaria.

Tal vez, en el campo de los estudios sobre la Izquierda Revolucionaria, no haya aún una acumulación suficiente de conocimiento -ni de debate teórico metodológico- que permita resolver adecuadamente objetivos tan ambiciosos como los que se propuso Ollier en «La creencia y la pasión».